

PREMIO  
DE NOVELA  
HISTÓRICA  
ALFONSO X  
EL SABIO

Premio  
2014

# ESPERANDO AL REY

José María Pérez  
PERIDÍS

  
ESPASA

# Índice

[Índice](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[PRÓLOGO](#)

[PRIMERA PARTE](#)

[UN ILUSTRE PEREGRINO](#)

[\(Galicia, 1150\).](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[SEGUNDA PARTE](#)

[LOS DOS OSOS DEL EMPERADOR](#)

[\(Castilla, 1155\).](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[TERCERA PARTE](#)

[EL REINO SIN REY](#)

[\(León y Castilla, 1155 – 1158\).](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[CUARTA PARTE](#)

[UN TRONO EN DISPUTA](#)

[\(León y Castilla, 1160 – 1166\).](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[QUINTA PARTE](#)

[LA REINA EN LA SOMBRA](#)

[\(León y Castilla, 1166 – 1169\)](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[SEXTA PARTE](#)

[LA REINA DE LOS TROVADORES](#)

[\(León y Castilla, 1169 – 1172\)](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[SÉPTIMA PARTE](#)

[EL CANTERO Y LA MONJITA](#)

[\(Cuenca, Galicia, Castilla, León, Toledo 1177-1180\)](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[PERSONAJES](#)

[NOTA DEL AUTOR](#)

[Créditos](#)

**Te damos las gracias por adquirir este EBOOK**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Próximos lanzamientos  
Clubs de lectura con autores  
Concursos y promociones  
Áreas temáticas  
Presentaciones de libros  
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora Descubre Comparte**

*A mi hija Marta,  
que me pidió insistentemente  
que escribiera una novela  
incluso cuando a ella  
ya no le quedaban fuerzas ni tiempo  
para escribir la suya.*

*«Y yo te digo: cuando alguien se va, alguien queda. El punto por donde pasó un hombre ya no está solo. Únicamente está solo, de soledad humana, el lugar por donde ningún hombre ha pasado.»*

*Las casas nuevas están más muertas que las viejas, porque sus muros son de piedra o de acero, pero no de hombres. Una casa viene al mundo, no cuando la acaban de edificar, sino cuando empiezan a habitarla. Una casa vive únicamente de hombres, como una tumba. De aquí esa irresistible semejanza que hay entre una casa y una tumba. Solo que la casa se nutre de la vida del hombre, mientras que la tumba se nutre de la muerte del hombre. Por eso la primera está de pie, mientras que la segunda está tendida».*

*La casa, CÉSAR VALLEJO*

## PRÓLOGO

(Camino de Santiago. Galicia, 1141)



vanzaba lentamente la tarde y en el castillo de Monterroso, desdibujado por la niebla, todo el mundo aguardaba expectante la llegada del cortejo regio. Estaba la fortaleza por aquel entonces bajo el gobierno del noble más importante de Galicia, el conde Fernando Pérez de Traba, gran devoto del apóstol Santiago

La servidumbre al mando de la dueña Teodomira había trabajado afanosamente durante semanas para que el orden y la limpieza brillaran en todas las dependencias de la fortaleza, especialmente las reservadas para el alojamiento del príncipe.

—¡Seguro que se han perdido! —exclamó Teresa, la hija menor del conde, que no podía disimular su nerviosismo.

—No tienes por qué preocuparte —dijo su padre—. Conocen perfectamente el camino y no me cabe duda de que seguirán la estela de los peregrinos. De todas formas, ya ha salido el conde Osorio a su encuentro. Estoy convencido de que no tardarán en acceder al castillo.

Teresa insistía en esperar a que llegaran para retirarse a su aposento, pero su padre la obligó a irse a la cama al llegar la medianoche. Antes de acostarse, abrió el postigo de la ventana para sentir la llegada de los caballos y dejó la puerta entreabierta con intención de curiosear a los invitados cuando les acomodaran en los aposentos que les habían reservado junto al suyo, en el ala de poniente del castillo.

Aunque hizo todo lo posible para mantenerse en vela tratando de imaginar cómo sería el príncipe que esperaban, al cabo de un buen rato, el sueño y el aburrimiento se adueñaron de sus párpados.

Era bien entrada la noche cuando la despertó el chirrido de los goznes de la puerta y notó que la abrían muy despacio, tratando de no hacer ruido. El aposento estaba completamente a oscuras cuando sintió que entraban en la habitación. Los pasos cesaron un momento y luego se acercaron hacia su cama. Se notaba que estaba descalzo porque apenas hacía ruido al acercarse. Teresa sentía su respiración agitada y estaba tan asustada que no se atrevió a gritar cuando el intruso se metió en la cama. Se acurrucó entre las sábanas conteniendo la respiración pero se sintió su prisionera cuando él se pegó a su cuerpo y le pasó el brazo y la pierna por encima. Poco a poco fue entrando en calor. Se notaba que estaba tranquilo porque respiraba acompasadamente.

Teresa no osaba moverse por temor a despertarle y no podía bajar de la cama porque estaba entre el intruso y la pared. Pensaba que había pasado la noche en vela cuando oyó gritar a Teodomira en el pasillo: «El príncipe ha desaparecido, no se encuentra en su cama».

—¡Está aquí! ¡Está aquí conmigo! —respondió Teresa en voz baja—. ¡Está conmigo en mi alcoba, pero no le desperitéis!

Al poco llegó el conde de Traba en camisón de dormir, hecho una furia y cojeando ostensiblemente.

—¡Bien empezamos! Si la primera noche ya se mete en la cama de Teresa, a este mozo no va a haber quien le controle.

—Estaba muerto de frío y vino sin hacer ningún ruido. A mí no me ha dado nada de guerra durante toda la noche porque ha dormido como un bendito.

Teodomira le cogió en brazos para llevárselo a su habitación.

—¡Que sea la primera y la última vez que duerme fuera de su cama! —ordenó el conde—. Lo digo bien alto para

que se entere todo el mundo. El emperador me ha enviado al príncipe Fernando para que le criemos y eduquemos como caballero y como rey, y eso exige esfuerzos y sacrificios por su parte y disciplina, mucha disciplina, por la nuestra.

—Pero si solo es un niño, señor. ¡Aún no habrá cumplido cuatro años! —dijo Teodomira, llevando en volandas al pequeño, que seguía dormido como si la cosa no fuera con él.

—Por eso precisamente, ahora que estamos a tiempo —gritó el conde de Traba—. ¡Y tú, mocosa, vuelve a tu cama otra vez! Que parece que no has pegado ojo en toda la noche.

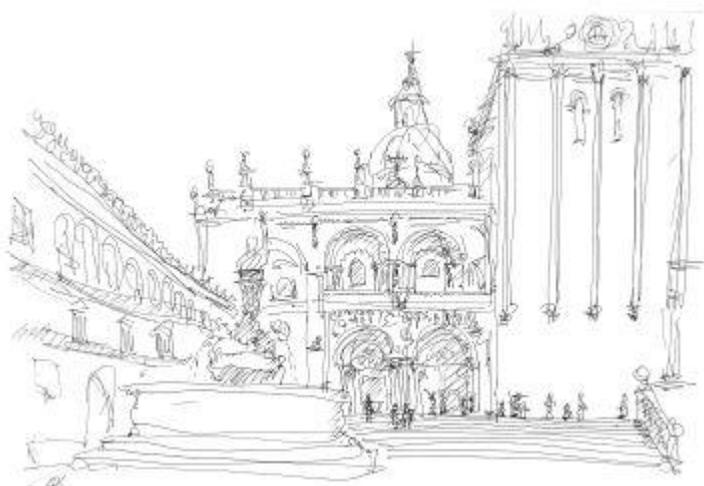
Teresa, que solo tenía siete años, no deseaba otra cosa que volver a su lecho y no le preocupaba el enfado de su padre, porque había tenido la fortuna de dormir una noche con don Fernando, que, aunque fuera todavía un niño, era un príncipe de carne y hueso.

A la noche siguiente, Teresa oyó que el príncipe la llamaba:

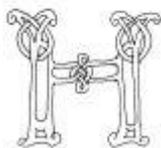
—Tereeeesa, Tereeeeeeeeeesa, veeeen, veeeen conmigo, que tu padre me da mucho miedo y no me puedo dormir.

Teresa se dijo: «Mi padre ha prohibido que se meta en mi cama, pero no ha dicho nada de que yo me vaya a la suya. Voy corriendo a consolarle».

PRIMERA PARTE  
UN ILUSTRE PEREGRINO  
(Galicia, 1150)



## 1



abían pasado ya nueve años desde la llegada del príncipe al castillo de Monterroso cuando al peregrino sólo le faltaban unas pocas jornadas para llegar a Compostela. Pero en una bifurcación del camino un día desapacible de finales del invierno, una niebla traicionera le hizo perder el contacto con el grupo del que formaba parte. Abandonado a su suerte, comprobó, aterrado, que tan solo era un espectro en medio de la niebla.

Caía la noche cuando creyó escuchar aullidos de lobos en lontananza. Presa del pánico echó a correr sin rumbo fijo y se perdió en la espesura. Desorientado y falto de fuerzas, cayó rendido en el suelo. Tras escuchar una respiración agitada comenzó a sentir una cálida viscosidad que se deslizaba desde los párpados hasta el cuello. Muerto de miedo y de repugnancia, vio con espanto las fauces de un monstruo que babeaba en su cara y creyó que el demonio había venido en busca de su alma para llevársela a los infiernos.

En su afán de escapar, cayó por un barranco perseguido por el animal. Mientras giraba como un pelele rodando por la pendiente, se encomendó al apóstol Santiago antes de golpearse la cabeza. A punto de perder el conocimiento, sintió unas manos rudas que le agarraban por los hombros y por los pies. Para su fortuna, le habían encontrado algunos de los monteros del cercano castillo que se aprestaron a auxiliarle.

—¡Traemos a un hombre medio muerto del camino! Debe de ser un peregrino.

Las voces pusieron en guardia al conde, que estaba a punto de acostarse.

—Ponedle en un lecho de paja, tapadle con una manta y que vaya a verle el capellán, por si tiene que suministrarle los sacramentos. Que le acompañe el médico por ver de salvar su vida y nos informe de todo lo que puede averiguar.

El galeno, un judío que procedía de Toledo, que además era escribano al servicio del conde, se acercó a las caballerizas para atender al herido y enseguida se hizo su composición de lugar.

—Cuarenta años bien llevados. Porte altivo y aristocrático. Más bien alto que bajo. Pelo lacio y canoso. Blanco de carnes, pero ancho de hombros. Barba cana y espesa. Manos de clérigo, aunque puede ser un escribano o un príncipe. Ha perdido el conocimiento, pero salvo el agotamiento y la brecha de la cabeza, apenas tiene llagados los pies y un catarro mal curado. Presenta síntomas de no haber comido como acostumbraba. Los delirios que padece no deben suscitar mayor preocupación, dados los ayunos que acompañan a los peregrinos en las muchas jornadas de pensamientos solitarios y recurrentes.

Informado también el conde don Fernando de que el herido portaba cadena y crucifijo de oro y anillo con un sello nobiliario, ordenó su inmediato traslado desde el pajar de las caballerizas, donde solían pernoctar los caminantes y peregrinos que pasaban por Monterroso, hasta uno de los aposentos del castillo, una vez que la servidumbre le hubo aseado convenientemente. Después encargó de su cuidado a la dueña Teodomira, afable y bien parecida, y que aunque apenas pasaba de los treinta, presentaba maneras de mujer de más edad.

—Esto va a ser coser y cantar. ¡Habéis caído en buenas manos, hermoso! Veréis qué bien os tratamos. Unos cuantos días de reposo en esta mullida cama, buenos caldos y sopitas de leche, y el resto dejadlo de mi cuenta, que no vais a tener queja alguna de mis atenciones, porque, como me llamo Teodomira, no os faltará de nada.

El peregrino pasó varios días conmocionado, sin fuerzas apenas para abrir los ojos. Por fin, una mañana consiguió li-

brarse de pesadillas y delirios y empezar a darse cuenta de dónde estaba. «Pensemos un momento —se dijo—. Estoy dolorido, pero a gusto en una cama de mullida almohada y limpias sábanas. Cerca de mí crepitan las llamas de una chimenea que calienta sin abrasar. Y no estoy muerto, no, porque si lo estuviera, no sudaría tan copiosamente como sudo».

Como si hubiera adivinado su pensamiento, alguien levantó el crucifijo que pendía de la cadena de oro, y con un lienzo fino secó el sudor que le bañaba el cuello y el pecho.

Para su contento, notó que una cabellera perfumada se posaba sobre él y que una suave mano tomaba una de las suyas y la elevaba lentamente.

El herido, que ya no podía resistir la curiosidad, entreabrió los ojos y, como estaba a contraluz, quedó deslumbrado. Cuando volvió a abrirlos de nuevo encontró sentada en el borde de la cama a una hermosa criatura que le había levantado la mano y observaba con detenimiento el anillo con el sello nobiliario. Era la dulce Teresa, la hija menor de don Fernando, una joven doncella de singular belleza que con quince años estaba en la flor de la vida. El peregrino quedó tan impresionado que pensó que se trataba de un ángel.

La joven, sorprendida por el inesperado despertar del herido, enrojeció como una amapola, y para disimular su proceder hizo ademán de estirar el cobertor y reanudar la lectura del libro que reposaba sobre su regazo.

Detrás de ella estaba la joven Constanza, una preciosa morena de piel pálida y ojos negros, la hija preferida del conde Osorio Martínez, compañero de muchas batallas y gran amigo de don Fernando de Traba.

Ante semejante visión, el peregrino se dijo que solo gracias a un milagro del apóstol podía haber pasado de estar a merced del diablo en medio de un monte, a reposar en el lecho de una habitación palaciega asistido por dos ángeles. No era el único que había sido socorrido por el apóstol, porque muchos peregrinos afirmaban haber sido testigos o beneficiarios de favores semejantes.

—Gracias a Dios que por fin ha resucitado nuestro ilustre peregrino —exclamó Teresa—. Ya empezábamos a perder la esperanza de que despertara. ¿Qué tal os encontráis? ¿Necesitáis algo?

Pero el pobre hombre, tan impresionado como confundido, no fue capaz de articular palabra.

La dueña Teodomira, que acompañaba a las doncellas cosiendo en un rincón de la alcoba, salió corriendo a llevar la buena nueva a los condes Fernando y Osorio, que se presentaron inmediatamente en el aposento acompañados por el médico, el mayordomo y un desgarbado mozalbete que no le quitaba la vista a Teresa.

Al ver la alegría de sus visitantes, el peregrino no pudo más que expresarles, con lágrimas en los ojos, su inmenso agradecimiento, ora juntando las manos y elevándolas hacia el cielo, ora cruzándolas sobre el pecho.

Estos sentidos gestos no bastaron para satisfacer la curiosidad de los anfitriones; para facilitar la comunicación con el herido, don Fernando ordenó a la servidumbre que despejara la cámara. El conde era un caballero de avanzada edad y elevada estatura. Tenía un rostro surcado de profundas arrugas, iluminado desde unos ojos azules por una mirada vivaz bajo unas cejas muy pobladas que denotaban un carácter vigoroso e inquieto. La cicatriz que le atravesaba la frente le daba un aspecto temible. Había sido un guerrero fiel al servicio del emperador Alfonso, pero siempre consideró su mayor hazaña la peregrinación que había realizado hacía trece años a Jerusalén. Todos en el castillo sabían que su intención era volver a Tierra Santa en cuanto casara a su hija, pues así se lo había prometido al apóstol tras la conquista de Almería.

—Mi espada y mis bienes están al servicio de los peregrinos —dijo el conde acercándose al lecho—. ¿De dónde viene su reverencia, si no os importuna mi pregunta? —A pesar de su silencio, siguió preguntando—: ¿Procedéis de Inglaterra? ¿De tierras germanas? ¿De Borgoña? —Y como el peregrino negara repetidamente con la cabeza, se aventuró a decir—: Entonces, venís de Roma. —Viendo que el

interrogado asentía, el conde mostró su satisfacción, diciendo—: ¿Qué es lo que he dicho yo desde el principio...? Que el caballero procedía de Roma. No hay más que ver la presencia que tiene para adivinarlo. ¿Sois eclesiástico?

El convaleciente movió la cabeza afirmativamente y, para sorpresa de los asistentes, hizo un gesto inquisitorio con las cejas y con la mano preguntando quién era el mozalbete que miraba embobado a Teresa.

—Perdonad, vuestra reverencia. Este joven es don Fernando, el hijo del emperador Alfonso, y está destinado a ser el rey de León, Galicia y, si Dios lo quiere, también de Portugal.

—Mi abuelo Raimundo era hermano del papa Calixto —puntualizó el príncipe con orgullo.

El herido se quedó maravillado del alto rango de sus anfitriones. Sospechó que entre el príncipe, que no debía de haber cumplido los trece años, y la doncella que había examinado su anillo y que como mucho tendría dieciséis, podría haber algo más que miradas, pero exhausto por el esfuerzo se quedó tan profundamente dormido que a los asistentes no les quedó otro remedio que ir saliendo poco a poco de la alcoba.

—Tonta de mí —se decía Teresa, incapaz de conciliar el sueño aquella noche—. ¿Qué habrá pensado ese caballero tan principal de una joven que le coge la mano a las primeras de cambio para mirar el anillo?

En aquel momento se dio cuenta de que alguien entraba sigilosamente en su habitación.

—¿Eres tú, Fernando?

—Sí, soy yo, Fernando, ¿quién iba a ser?

—¿Y qué es lo que quieres a estas horas?

La pregunta era ociosa porque el príncipe ya estaba dentro de la cama. Se había pegado al cálido cuerpo de Teresa, había inspirado la fragancia de su aliento, había colocado sus helados pies entre los de la joven y sin el menor recato empezó a acariciarla bajo las sábanas.